

## COMENTARIO DEL LOGO.

Mi querido Pedro: Los versos que anteceden y los que van á seguir á esta prosa, serán probablemente música celestial para la mayor parte de los lectores de esta sociedad positivista y calculadora, para la cual nos toca escribir. Me dicen que ya los versos no son letras que corren en el mercado de nuestra patria; y así debe de ser, pues los veo impresos como prosa en los periódicos; y me parecen así estudiantes que, escapados de su casa para ir á un baile de máscaras, pasan con miedo por la calle en que viven sus padres, disfrazados yá bajo un dominó negro; y así pasan los versos por entre las columnas del periódico bajo las largas líneas negras que les disfrazan.

Por eso yo, que soy el espíritu loco condenado por Dios á hacer el viaje de esta vida en compañía del autor de estos versos; que he ido con él á México, y que he visto como él lo que allí pasa, pero de muy diverso modo y á muy diferente luz de como él lo ha visto, he resuelto anotar y comentar esta poesía suya con unos parrafitos de prosa mia; esto es: voy, como si dijéramos, á desleir el azúcar rosado de su poesía, en el agua un si es no es amarga de mis notas y comentarios.

El poeta no ha visto en México, á la templada luz de su siempre sereno cielo, más que sus nunca marchitos paisajes, sus nunca turbias lagunas, sus siempre flo-



ridas campiñas, sus productivas haciendas tapizadas de dulces cañas, abanicadas por ondulantes platanares, arrulladas por maizales sonoros, y rayadas por las losanjeadas melgas de los magueyales, como la piel de los tigres y de las zebras.

El poeta ha visto el risueño valle de la mesa central de México, el más elevado del Nuevo Mundo, como un valioso chal de Cachemira, prendido por sus puntas en las crestas volcánicas de la Sierra-madre, y tendido por Dios sobre aquella tierra, bajo el fanal de su atmósfera tibia y perfumada, como una muestra de las Obras que salen no más de sus Creadoras Manos.

El poeta ha visto á los mexicanos, con sus trajes nacionales, cargados de alamares y botonaduras de plata y oro, sus anchos sombreros profusamente galoneados y festonados, sus abigarrados zarapes, sus lijeros caballos paramentados de morisca guadamacilería pasamaneada de oro y sedas: ha visto á las mexicanas con sus *naguas* de cien colores, sus mal encubridores rebozos, sus ceñidores de seda, cuyos flecos ondulan en torno de sus cimbradores talles, sus piés enanos, calzados de raso blanco; sus grandes ojos de mirar dulce como los de las gazelas, y su andar gallardo como el de los antílopes; y seducido y deslumbrado el pobre poeta por las inflexiones musicales de su cariñoso acento, por las extrañas y entrañables frases de su atractiva conversacion, y por las pintorescas imágenes con que expresan en ella sus pensamientos, les ha tomado á ellos y á ellas por abejas prolíficas y susurradoras y por esmaltadas mariposas, revoloteando entre las flores de aquel jardín, que plugo á Dios señalarles para su habitacion sobre la tierra.

En resúmen: el poeta no ha visto de México más que lo que Dios puso en él; esto es: la luz, la vida, la hermosura, la fecundidad, la poesía en fin de la creacion.

Yo, empero, que mientras él se perdía en espíritu por los espacios imaginarios de su poesía, me he paseado prosáicamente á pié por sus mal empedradas ciudades, he vagado por sus mal guardados caminos, me he alojado en sus aisladas haciendas, y he tropezado con los *mañosos* de sus encrucijadas y los *pronunciados* de todos colores: yo, que he dado la mano, he llamado *compadritos* y he tenido que hacer lugar en la mesa á los que unos llamaban *jefes* porque tenían subalternos, y otros *bandidos* porque andaban en bandas: yo, que me he tuteado caminando mano á mano con algunos, que murieron después honradamente colgados de un nopal á la vera del camino, casi en olor de santidad; pero ¡ay! olvidados ingratamente por cuantos les conocimos, por temor de ser llamados á dar en su canonicacion testimonio de sus virtudes; yo en fin, que he vivido allí observando todas las cosas y metiéndome por todas partes, como loco que soy, sin hogar propio, sin oficio ni beneficio, sin opinion política, sin interés mercantil, y esperando solo que Dios rompiera la cadena que me impedía volver á Europa, te voy á decir de México, mi querido Pedro, lo que no te dirán los profundos diplomáticos ni los grandes hombres de Estado, que toman los grandes negocios de las naciones desde una olímpica elevacion, y les tratan desde ella con una entonacion homérica; y las naciones, agradecidas, pagan con su sangre y con su dinero sus sábias combinaciones y sus luminosos discursos.



Yo no pico tan alto, Pedro amigo. Yo voy á darte solamente detalles caseros sobre negocios domésticos: voy tan solo á hablarte de hechos pequeños, de rumores vulgares desdeñados casi siempre por los hombres de Estado y los diplomáticos, y casi nunca bien apreciados por los grandes historiadores; voy á decirte *algo* no más de México y sus cosas, haciéndote sobre ellas observaciones locas, y deduciendo de éstas extravagantes consecuencias; cuya misma excentricidad te podrá acaso servir para dar con las causas mínimas de graves acontecimientos, que buscarán los grandes políticos en más elevadas rejiones.

Tal vez estás pensando al leer éste, que mis comentarios van á estar escritos en un tono informal, ajeno de la formalidad de mi asunto; pero te responderé á esta justa observacion tuya con una confianza mia; la cual, siendo una de las cosas extravagantes que te decia que habria en este libro, no será seguramente creida por Thiers, Fabre, Forey y demás hombres graves que se han ocupado y se ocuparán de esta cuestion; y es; que México es un país de broma, á pesar de todas las atrocidades que allí pasan, y que no pasan de bromas pesadas.

Yo te probaré esto en este librejo, mi buen Pedro; y te diré, cómo el noble Maximiliano, que tomó lealmente por lo sério á México, que es un país de broma como te digo, llegó primero llamado, buscado, deslumbrado y adulado, después engañado, calumniado, estafado, menospreciado y por fin vendido, al sitio de Querétaro: en donde fué fusilado, en medio de la broma con la cual hicieron probablemente los juaristas de su

muerte innecesaria una parodia del acto último de Lucrecia Borja.

Y llamo innecesaria á la muerte del Emperador, porque realmente era inútil; no habiendo sido el Imperio mas que un cadáver galvanizado, cuya existencia ficticia fué solamente sostenida por la caballeridad de Maximiliano; incapaz de transijir con nada que creyera que empañaba su honor de caballero, ni de cejar un paso en el cumplimiento de lo que él creyó su deber de Soberano.

Por lo demás Maximiliano debió morir en México; y murió en su lugar.

Desde el momento en que se quedó allí, despues de la retirada de los franceses, fué Emperador por su propia cuenta: y arrostrando las consecuencias de su heroica resolucion, probó su lealtad y su buena fé; y nadie puede hoy ya tomarle por un aventurero ambicioso del oro y de la vanidad que trae consigo una corona; puesto que no se dejó quitar la suya sino con la cabeza, sobre la cual otros y no él se la habian colocado. Tambien te probaré esto más adelante.

El libro que vamos á enviarte detrás de esta introduccion, no tiene, mi querido Pedro, pretensiones políticas, sociales, ni literarias de ninguna especie: y hé aquí las razones por las cuales le escribimos, le vamos á dar á la prensa y te le vamos á dedicar.

El poeta autor de sus versos, habiendo residido once años en México, por causas que á nadie importan, se cree en la obligacion y con el derecho de decir *algo* sobre aquel país en las circunstancias actuales.

Habiendo sido tratado allí por Maximiliano con una deferencia y una cordialidad que sobrepusieron en mu-



cho al escaso valor de su representacion personal, tanto en el mundo social como en el literario, el poeta cree deber de su reconocimiento consagrar á la memoria del Príncipe que le honró en tierra extranjera, unas cuantas pájinas dictadas por su corazon y escritas con sus lágrimas.

Habiendo sido recibido en España á su vuelta con flores, versos y aplausos, debe de manifestar su gratitud á su patria, y esplicar al público en jeneral y á los poetas que le saludaron á su llegada, la razon del silencio casi descortés y del aislamiento al parecer esquivo en que ha permanecido hasta hoy: lo cual espera hacer rápidamente en este escrito.

El poeta y yo, que voy á comentar sus versos para decirte en prosa lo que la poesía no debe descender á decir, te la dedicamos á tí, nuestro buen Pedro, porque habiendo sido tú el primero que nos dió la bienvenida, esperamos de tu amistad que te resignes á ser intérprete de nuestra gratitud á la patria en que nacimos, y á sombra de cuyo pabellon hemos tenido á orgullo vivir en las naciones que nuestra inconstancia ó nuestros pesares nos han hecho visitar.

No te enviaremos sin embargo este libro inmediatamente, sino en el trascurso del presente mes de Agosto; porque necesitamos este tiempo para saber á qué atenernos sobre algunos hechos de la última catástrofe de México; los cuales, teniendo que pasar por Nueva-York, gran fábrica de mentiras y gran desfiguradora de verdades, necesitan confirmacion.—Vale.

PRIMERA PARTE.

---